

Trampas detrás de la broma: lenguaje, sentido común y divulgación del conocimiento

Alan Sokal y Jean Bricmont,

Imposturas intelectuales,

Joan Carles Guix Vilaplana (trad.),

Paidós (Transiciones, núm.10), Barcelona, 1999, 315 págs.

Para empezar, no queremos impedir a nadie que hable de lo que desee.

Sokal y Bricmont, pág. 29.

María José Rhi Sausi G.

Todo empezó por una broma, mejor conocida como la parodia de Sokal. Con ella, Sokal se propuso evidenciar la vaciedad del discurso de algunos científicos sociales que, agrupados bajo la ambigua etiqueta de "posmodernistas", usan y abusan de la terminología científica. *Imposturas intelectuales*, como continuación o largo epílogo de la parodia de Sokal, se fijó la misma meta; esta vez, dada a conocer desde un principio. Así, los autores intentan, a lo largo del libro, convencernos de la deshonestidad inherente al "empleo abusivo de conceptos y términos científicos", así como del peligro cultural representado por la figura del "relativismo epistémico" (pág. 14).

Dado que el libro de Sokal y Bricmont es, en el fondo, una invitación a la honestidad, empezaré siendo sincera como lectora. Por ello, confieso estar de acuerdo con los autores. Me parece, como a ellos, que pretender profundizar un discurso a fuerza de integrar a él citas o referencias incomprensibles resulta, de menos, absurdo; pero... considero que existen algunas trampas discursivas en el libro.

Tanto en inglés (idioma original de la obra) como en español, la palabra abuso deriva del verbo *abusar* que, en términos generales, puede significar aprovecharse de algo o de alguien o usar con exceso algo. Quiero creer que cuando Sokal y Bricmont se propusieron con el libro hacer una "recopilación de abusos", lo hicieron pensando en la primera acepción de la palabra. Es decir, aludiendo a la acción de los científicos sociales y humanistas de *aprovecharse* de los conceptos y términos científicos. Sin embargo, creo ver en el libro algunas airadas alusiones a la segunda acepción, es decir, al simple exceso de uso.

Aquí cabe preguntarnos lo siguiente: ¿están Sokal y Bricmont contra la vulgarización (entendida como difusión masiva) del lenguaje de la ciencia? ¿Es su combate no por la honestidad académica, sino por la conservación de un código reservado exclusiva-

mente a los científicos? En fin, ¿les molesta el uso o el abuso? Según estos autores, el abuso consiste en lo siguiente: hablar con conocimientos vagos; incorporar a las ciencias sociales nociones de ciencias naturales sin justificación empírica o conceptual; ser incongruente en el uso de términos técnicos; manipular frases sin sentido (págs. 22-23). Frente a semejante "intoxicación verbal", se proponen defender "los cánones de la racionalidad y de la honradez intelectual que son, o deberían ser, comunes a todas las disciplinas" (pág. 24).

Sin embargo, me parece que algunas partes del libro (véanse como ejemplos las págs. 26-28 y 207) están dedicadas a comprobar que la ciencia puede actuar como garantía de credibilidad en cualquier discurso académico. Así pues, lo que pretendo ilustrar aquí es bastante sencillo: el solo hecho de creer que los científicos sociales incorporan a su discurso terminología científica en aras de hacerlo parecer más profundo y complejo, puede —peligrosamente— llevarnos a la afirmación de que, si al menos lo hicieran bien (con fundamentos), conseguirían su objetivo. Es decir, que el deseo es válido; son los medios para conseguirlo los que han fallado. Si bien a lo largo del libro los autores se cuidan de no parecer desprecia-

tivos hacia las ciencias sociales o las humanidades, lo cierto es que, entre líneas, es otro el discurso. La incorporación de opiniones como la de Noam Chomsky (pág. 29) donde, con una naturalidad sorprendente, dota de mayor seriedad a las matemáticas que a las ciencias políticas al parecer demuestra este doble discurso.

Ahora bien, cuando Sokal y Bricmont emprenden su crítica al relativismo epistémico y cognitivo, lo definen como "toda filosofía que pretende que la veracidad o falsedad de una afirmación es relativa a un individuo o un grupo social" (pág. 64). Para derribar esta(s) filosofía(s), para evidenciar en toda su enormidad su equívoco y su absurda existencia, los autores se dan a la tarea de ilustrar la continuidad metodológica existente entre el conocimiento científico y el conocimiento ordinario (pág. 69). Asimismo, invitan al escéptico radical a confiar en las confirmaciones experimentales de la teoría científica como pruebas de que ésta, en efecto, produce conocimiento objetivo (pág. 70). La argumentación sigue hasta llegar al punto en que los autores afirman que "las teorías científicas bien desarrolladas se fundan por lo general en buenos argumentos" (pág. 70). Y esto nos lleva a la segunda trampa del libro: ¿tiene la ciencia el monopolio del sentido común? ¿Su lenguaje (términos y conceptos) no debe salir de su control porque sólo ahí se garantiza su buen uso (es decir, su uso racional, su no abuso)? Fijémonos en el siguiente párrafo:

Por supuesto, Deleuze y Guattari son libres de emplear estos términos en otros sentidos diferentes: la ciencia no tiene el monopolio sobre el uso de vocablos como "caos", "límite" o "energía". Pero lo que sucede, así lo mostraremos, es que sus escritos están atiborrados también de *términos extremadamente técnicos que nunca se utilizan fuera de discursos científicos especializados*, y de los que no dan ninguna definición alternativa (págs. 157-158; las cursivas son mías).

Resulta que hay palabras que la totalidad de los mortales estamos facultados para usar y otras que se encuentran reservadas al gremio científico.

Otra trampita del texto es la siguiente: así como hay términos apropiados para la generalidad del ámbito académico y otros que deben ser tratados

sólo por especialistas, así también existen diferencias entre las ciencias sociales. Los autores invitan a los científicos sociales a apropiarse no del lenguaje de la ciencia, pero sí de su método. Esto con el fin de que las ciencias sociales puedan –por fin– "beneficiarse de los indudables éxitos de las ciencias naturales" (pág. 207). Sokal y Bricmont dan algunos ejemplos que, a su juicio, constituyen las pruebas fehacientes de que esta recomendación no se ha seguido y de que la desobediencia ha traído fatales resultados. La diferencia radicaría entonces entre obedientes (científicos sociales en loca carrera por seguir "el método") y desobedientes (¿los que se entregan a la elucubración pura?).

Para hacerle un poco de justicia a los autores, tendré que decir aquí que la prepotencia científicista que he tratado de ilustrar en este comentario al libro se ve matizada en dos ocasiones (sólo dos) a lo largo de éste. La primera, en la página 212, donde los autores aclaran que la charlatanería disfrazada de academia no es privativa de las ciencias sociales; y la segunda, cuando afirman que

una gran parte de la culpa de esta situación corresponde [...] a los científicos. La enseñanza de las matemáticas y otras ciencias es a menudo autoritaria, lo cual no sólo es antiético con los principios de la pedagogía radical/democrática, sino también con los principios de la propia ciencia (pág. 291; cursivas en el original).

Es en este último punto donde a mi parecer radica toda la validez del argumento de Sokal y Bricmont contra la vaciedad del discurso de una buena parte del gremio "científico social". Tal como ellos apuntan, no se trata de minar la libertad de expresión del otro diciéndole qué escribir y cómo hacerlo. Se trata simplemente de apelar a un sentido común de responsabilidad. Si el científico social en cuestión se asume como transmisor de cultura, es su obligación someter sus juicios y teorías a un criterio de honestidad.

Así pues, termino insistiendo en que es sólo el interés pedagógico presente en este libro el que sustenta la crítica de que está hecho. Después de todo, el lenguaje –científico o no– es de dominio universal. Sostener lo contrario no ayuda en mucho a la divulgación del conocimiento. ●

Directorio

Dirección	Ricardo Pérez Montfort
Coordinación editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Corrección	Mario Carrasco Teja
Diseño	Miriam Aguirre
Publicidad y ventas	Jazmín Flores Yarcé

AL PIE DE LA LETRA es una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tel. 5616 2422, 5616 7211. E-mail: reunimex@servidor.unam.mx

Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5 700 caracteres).